

INTRODUCCIÓN

He terminado uno de mis trabajos más recientes con una afirmación, sin duda provocativa, que me gustaría citar aquí:

"Creo que la cultura debería dejar de ser una unidad significativa de análisis, si lo que pretendemos es tratar de entender la enorme complejidad de los procesos que caracterizan nuestro complicado mundo contemporáneo".

A ella añadí la siguiente propuesta:

"En mi opinión, deberíamos empezar por analizar los procesos que conforman las experiencias cotidianas de las personas en las interacciones sociales"¹.

Soy consciente de que una afirmación como ésta resulta, cuando menos, discutible, pero espero conseguir dos cosas a lo largo del presente trabajo: inscribirlo en esta perspectiva tan particular y saber argumentar cuál pretende ser su contribución a un panorama más general.

Tengo la intención de evitar la construcción y el uso de las categorías "cultura" y "otro", y además eludir las generalizaciones que el empleo de ambas permite. No pretendo negar ni la legitimidad, ni la utilidad de estos conceptos, tan característicos, por otra parte, del análisis antropológico; lo que trato de proponer es explorar lo que ocurre cuando no se utilizan, y también evaluar la contribución de esta perspectiva a una serie de corrientes revisionistas que se han desarrollado, en el seno de la antropología, en los últimos años.

¹ El trabajo al que me refiero, aún sin publicar, se titula: "Trading with Differences. Racism from Race to Culture". Ambas citas proceden de la última página del manuscrito.

Parto de la hipótesis de que los relatos que reúne el libro son una versión de un proceso de interacción que tuvo lugar en un momento dado, un proceso en el que se negocia un acuerdo social y que, para ello, produce un material simbólico determinado. Este material ha sido reinterpretado por mi parte con posterioridad, de acuerdo a un interés específico: la utopía y el exilio.

Sin embargo, mi objetivo es evitar cualquier generalización sobre la utopía o sobre el exilio para enfrentar al lector con cada una de las experiencias singulares y únicas que reúne el libro. Lo que intento, precisamente es enfatizar la capacidad del ser humano para ensayar respuestas distintas ante los mismos problemas y su maestría en el manejo de las relaciones sociales, especialmente a la hora de presentarlas como las únicas alternativas viables.

Cada capítulo presenta un material que es el resultado de negociar en una conversación, un acuerdo social que legitima la coherencia (elaborada "a posteriori") de las respuestas ante los desafíos provocados por los cambios experimentados, casi siempre ofreciendo un contraste positivo con respecto a lo que les ha ocurrido a las personas del alrededor, que son las que constituyen el marco de referencia social.

Mi intención a la hora de escribir La utopía en el exilio ha sido tratar de que cada persona convenza al lector, es decir, que consiga su acuerdo. O para emplear términos más adecuados, lo que he pretendido ha sido transmitir al lector mi acuerdo, convencerle de que me convencieron, todos y cada uno de ellos de manera individual, de que su postura era la única posible.

Si he logrado este objetivo habré sabido incorporar las contradicciones y, por lo tanto, legitimar las diferencias.

Ahora bien, si hubiese empleado la categoría "otra cultura", habría convertido a mis informantes en "otros". Al hacerlo lo que hubiese construido habría sido una barrera de significados que distanciaría al lector y suspendería su opinión, en espera de que yo misma les informara acerca de cuáles eran sus "diferencias culturales" que justifican su "comportamiento diferente". De esta manera sería imposible negociar un acuerdo, porque como "otros" les veríamos de forma distinta, y estaríamos dispuestos a concederles casi todo, con tal de que estuviese claro que no pertenecen al "nosotros". Cualquier diferencia es posible, o es aceptable, con tal de que no sea nuestra, con tal de que no sea necesario considerarla como parte de nuestra propia experiencia.

Espero haber sabido evitar todo esto, porque lo que propongo es precisamente lo contrario. Quiero lograr una reacción particular del lector ante cada discurso, ante cada argumento, ante cada una de las diez y ocho negociaciones concretas que buscan un acuerdo que sancione la viabilidad de sus actitudes ante los cambios. Lo que persigo de esta forma no es más que tratar de despertar el interés y el respeto del lector. Un respeto y un interés genuino y desprovisto del ejercicio de poder que entraña la decisión de excluirlos al convertirlos en "otros".

La utopía en el exilio pretende ensayar una antropología sin "nativos" y propone como objeto de estudio alternativo la negociación social que tiene lugar entre yo misma y los informantes que toman parte. Ello implica un desafío al papel tradicional del investigador, puesto que le traslada desde las sombras de su papel de demiurgo a la esfera social activa, donde actúa como uno de los agentes responsables de la producción simbólica.

Este simple cambio tiene numerosas consecuencias, y están directamente relacionadas con la "Caja de Pandora" abierta por las corrientes revisionistas, que han puesto en tela de juicio casi todo lo relacionado con el oficio de hacer antropología: desde el papel del investigador, hasta el objetivo de la investigación, sin olvidar ni la metodología, ni las perspectivas de análisis, ni las categorías que utilizamos para conceptuar, ni los paradigmas (que compartíamos casi hasta antes de ayer)².

En este contexto, una de las propuestas que considero más radicales y a la vez más fecundas, es la de Lila Abu-Lughod, quien propone, literalmente, "Escribir en contra de la cultura" (*Writing Against Culture*), "explorando las ventajas de lo que denomino 'etnografías de lo particular' como instrumental para desarrollar un humanismo táctico" (Abu-Lughod 1991:138), que evite "justificar la dominación en el contexto de un mundo que organiza la desigualdad global sobre la base de las diferencias culturales" (Ibid.:159). La autora propone "centrar la atención detenidamente en los individuos particulares y en sus relaciones sometidas a un continuo cambio, para contrarrestar las connotaciones más problemáticas de la cultura, es decir, la homogeneidad, la coherencia y la ahistoricidad" (Ibid.:154).

Me gustaría inscribir La utopía en el exilio en este contexto particular, que deja expuesta la conexión entre el concepto de cultura y la legitimación de las desigualdades sociales, que evita generalizar sobre la base de las experiencias individuales, que reclama el interés de los individuos por encima de las categorías y que hace responsable al investigador del material simbólico que produce en la arena social.

Como autora estoy proponiendo un texto que es el resultado de una producción simbólica de la que soy, sin duda, responsable, y que he reinterpretado buscando provocar una reacción en el lector que inicie una nueva negociación, una negociación que se debería resolver de acuerdo a sus propios intereses.

Si he logrado algo de lo que he intentado conseguir, lo hecho tratando de "escribir en contra de la cultura".

² A modo de ejemplo, me gustaría citar los siguientes trabajos: Appadurai (1996), Clifford y Marcus (1986 y eds. 1986), Clifford (1988), Fox ed. (1991), Geertz (1973 y 1995), Gupta y Ferguson eds. (1997), Herzfeld (1987), Kuper (1988), Marcus ed. (1997) y Rosaldo (1989).